

ral del orden social y del mundo, totalmente fundado sobre la dialéctica de lo interior y de lo exterior". Esos gestos "develan hacia el exterior los movimientos secretos del alma, oculta en el interior de la persona".²⁶

La gestualidad comunica al hombre con los demás, especialmente en una sociedad profundamente ritualizada como es la medieval. ¿Cómo dudar de que, en una cultura semejante, el estudio de los gestos, de los más solemnes y los más sacralizados, pero también de los más comunes, los más repetitivos, los más inconscientes de la vida cotidiana, hagan penetrar al historiador en lo más profundo del funcionamiento de una sociedad?

No diferentes son las apreciaciones de Le Goff en los artículos mencionados, el gesto habla de ese *dentro* del hombre que ha de expresarse en armonía con las pautas que su sociedad le indica.

Sin duda, Sánchez-Albornoz habla más de la *gesticulatio* que del *gestus* cuando dice de los cristianos españoles: "No puede sorprender que no buscaran a Dios en sí mismos mediante una callada y quieta instrospección, no que sus relaciones con la divinidad fueran también extrovertidas, apasionadas, más proyectadas en acciones y gestos que en la oración contemplativa, en la ahincada meditación y en las hondas y serenas construcciones teológicas".²⁷ Moderación o exceso, según los diversos momentos, creo que el historiador español ha acertado en la esencia de esta investigación que han profundizado los franceses ya que, en sus palabras, el gesto expresa a hombres en perfecta relación con su realidad y con su sociedad.

Como resumen podemos decir que –para Sánchez-Albornoz– la historia no fue un mero saber, sino un saber necesario para comprender *honda y profundamente*, para ejercer respecto del pasado una función mayeútica. Y hallar las claves de la vertebración de España para entregarlas como legado, legado vital e intelectual.

Podríamos concluir que en verdad él pudo tomar en su puño el tiempo y al abrirlo encontrarse con la historia.

NILDA GUGLIELMI

EL EXILIO Y LA HISTORIA DE ESPAÑA EN ARGENTINA

La conjunción en el título de los términos *exilio* e *historia de España* sugiere una relación entre el destierro republicano y un interés creciente en la Argentina por esa materia. En su nivel más general, el público se alimenta de historia por la vía de preconceptos, mitos, imágenes, conocimientos, adquiridos por tradición oral o por lectura de ensayos, libros de texto, monografías... Referencia compartida, la historia supone además un conocimiento en elaboración permanente. El cambio al que el título refiere no se contentó con remozar los contenidos, sino que fue más lejos. El exilio republicano

²⁶ *Idem*, p. 18.

²⁷ *Idem*, p. 340.

inició en la Argentina la investigación científica de la historia de España. Las páginas que siguen no recapitulan hechos, sino que perfilan el contexto cultural que los refugiados republicanos encontraron y sobre el que dejaron su impronta.

Al comenzar el siglo XX, un tercio de siglo antes de la llegada de los refugiados, la cultura argentina había arrinconado el pasado común con España a un lugar estrecho. La guerra propicia el enfrentamiento de las armas, pero también el de las ideas. En el Río de la Plata, las armas callaron pronto, pero no la pluma o la palabra. Lograda la independencia, construir la nación, dotarla de identidad propia, pedía ahondar diferencias con respecto al pasado inmediato, cortar lazos, no sólo los políticos. La república y la sociedad argentinas se abocaron en una insistente prédica antiespañola, mientras optaban por otras afinidades políticas y culturales europeas a modo de compensación. De sobra se conocen las justificaciones vertidas entonces y los nombres de los críticos, entre los que se alineaban los pensadores más distinguidos de la época.²⁸ La acometida verbal no se contentó con operar en la esfera de las ideas, sino que pasó también a discriminar personas y grupos, entre ellos los modestos peninsulares que permanecieron en su tierra de adopción. En un libro de título elocuente, José C. Moya recorre el camino que distanció a argentinos y españoles.²⁹

El enfrentamiento bélico entre metrópoli y colonia no generó sin embargo rencores duraderos, como cuando median pérdidas y padecimientos irreparables. El acoso no llegó a inhibir el regreso de los españoles, ni su admisión por parte de las autoridades y de la sociedad locales. Los gobiernos españoles no aprovecharon sin embargo la falta de encono para normalizar entonces las relaciones diplomáticas tanto como las humanas. España retrasó inútilmente el reconocimiento de la independencia argentina, más incluso que el acordado a otras naciones americanas. La demora contribuyó, entre otras cosas, a que la dialéctica anticolonial se perpetuara cuando la Argentina no necesitaba más autoafirmarse. El tono polémico perduró sin el freno que impone la cortesía en una relación entre iguales. La costumbre, al prolongarse, cristalizó en una autocomplacencia sin vocación crítica.

Configurada la nación al estilo liberal del siglo XIX, es decir, en favor de toda la ciudadanía y de cuantos extranjeros quisieran habitar en su suelo, esa apertura inobjetable afectó a los sectores locales antes beneficiarios de un orden político, social e ideológico restrictivo. Los desplazados se refugiaron en una añoranza del pasado en contra de la cual el discurso antiespañol encontró razones para no cesar, esta vez por razones interiores. Lo español tendió a ser identificado por este motivo con lo rancio, mientras España poco hacía por despejar el equívoco. En busca de interlocutores, no dudó en acercarse a los americanos alejados del poder. En casa, ni siquiera respaldó a los connacionales afines a los gobernantes americanos que hubieran podido tender puentes.

En la forja de una identidad, la historia y su enseñanza ocupan un lugar preferente. La historia fue centrada en la exaltación del proceso emancipador, periodo que, por significativo que fuera, suponía una reducción drástica del pasado puesto que prescindía de los orígenes y no daba cabida a las transformaciones que dotaron al país de un

²⁸ Esbozo reciente del tema en HALPERIN DONGHI, T., "España e Hispanoamérica: miradas a través del Atlántico (1825-1975)", *El espejo de la historia. Problemas argentinos y perspectivas latinoamericanas*, Buenos Aires, 1987, pp. 67-110.

²⁹ *Cousins and Strangers. Spanish Immigrants in Buenos Aires, 1850-1930*, University of California Press, 1998.

perfil nuevo. El resultado fue una rígida abstracción del pasado. Analizados los contenidos, Fernando Devoto concluye que los programas y los manuales de la enseñanza primaria pública no dejaron de conceder al proceso emancipador un espacio desmedido. La insistencia seguía prescindiendo de la etapa precedente, aún entre 1941 y 1974, así como de la posterior de casi un par de siglos de duración.³⁰ La escuela no identificó la historia patria como la obra acumulativa de generaciones sucesivas, sino que cristalizó una imagen propensa a la retórica. Fijada en la exhibición de un enfrentamiento, la escuela perpetuó el antihispanismo más allá de su función inicial.

En la propia España, los gobiernos y los intelectuales poco hicieron para acortar distancias sin exigir de los americanos un repudio de su nacionalidad. Hasta la independencia de Cuba, la política exterior española obstaculizó el diálogo necesario. Las pretensiones y actuaciones del país en la escena internacional nada hicieron para borrar su imagen de potencia colonialista, aun cuando España había emprendido una transformación interior paralela a la de los países americanos. En el orden cultural, el acercamiento quedó circunscrito a algunas intervenciones individuales. En la *Historia de las relaciones culturales entre España y la América Latina. Siglo XIX*, el uruguayo Carlos Rama dedica una extensa sección final de su libro a "la iniciativa particular americanista española".³¹ El capítulo desgrana la labor que los emigrados, revolucionarios, sacerdotes y escritores realizaron de espaldas al Estado.

La grieta cultural que el siglo XIX abrió entre la Argentina y España encierra, como puede observarse, múltiples recovecos. Al comenzar el siglo siguiente, la distancia que las separaba empezó sin embargo a acortarse, en parte por la aparición de un tercer interlocutor: la colonia española radicada en la Argentina, que posibilitó que el español dejara de parecer una figura del pasado para convertirse en un vecino laborioso. Como es natural, los viejos prejuicios se arrastraron y se agregaron más de otro tipo. El inmigrante español no se encontró sin embargo en esta ocasión desamparado, no tanto por el respaldo que le proporcionaba la representación española, sino por esfuerzo propio. Los inmigrantes fundaron entonces un sinfín de agrupaciones benéficas o recreativas a cuya cabeza se situaron dirigentes influyentes. Además de proporcionar beneficios directos, las sociedades fueron conquistando el respeto para él, su colectividad y su país. En el orden simbólico, lograron por ejemplo que las esferas oficiales argentinas renunciaran a las expresiones más hirientes del antiespañolismo tradicional y consiguieron elevar la imagen de España ante sus huéspedes.

La colonia valió también para tender puentes con la España cotidiana. Los inmigrantes reavivaron el gusto local por los alimentos españoles que volvieron a aparecer sobre las mesas. Un mercado se abrió de esta forma para las importaciones españolas. El consumo de productos de este origen no se limitó al aceite, al vino o a la mercería valenciana, ingredientes populares, sino que se abrió a los bienes culturales. El arte español gozó de aceptación y ésta animó a algún pintor o escultor español a viajar o a instalarse en el Río de la Plata. Los paisajes o temas folclóricos adornaron las casas de los inmigrantes o los salones de los centros españoles, pero también los adquirieron los coleccionistas argentinos. Dos libros recientes han puesto de relieve cómo se desarrolló el gusto por la pintura española en Buenos Aires a fines del siglo XIX y principios del

³⁰ "Idea de la Nación. Inmigración y cuestión social en la historiografía académica y en los libros de texto en Argentina", *Ibero-americana Pragmática*, XXVIII, 1994, pp. 41-63.

³¹ México, 1982, pp. 273-330.

XX.³² Algo menos perceptible puede decirse que ocurrió con la historia de España que nos ocupa ahora. Los inmigrantes consumieron tales obras y les abrieron mercado. Libros sobre historia española ocuparon los estantes de las librerías. Audiencias copiosas prestaron oído a los conferenciantes venidos de España para hablar de temas históricos. Ni todos los lectores ni todos los oyentes fueron españoles, sino que a su lado figuraron bastantes argentinos, como tampoco fueron sólo españolas la plumas que escribieron en los órganos de expresión de la colectividad. Un diálogo social se abrió en el que la historia ocupó un lugar más que modesto. En la labor de proyección cultural que la colonia española realizó entonces destaca la realizada por la Institución Cultural Española de Buenos Aires a partir de 1912 para intensificar ese intercambio.³³

La demanda de la colonia española coincidió con un interés creciente por el pasado español manifiesto en varios círculos culturales. Un desencanto con algunos efectos indeseados producto del aluvión migratorio, sumado al resquemor despertado por la creciente influencia material norteamericana, hicieron que aquellas esferas intelectuales dirigieran sus ojos a otros horizontes. Afirmar entonces la identidad nacional no precisaba más distanciarse de lo español. Incluso se acogió bien la entrada de hombres y mujeres procedentes de España. La actitud coincidía con la latente tradición conservadora, pero no era igual, pues llegaba a interpretar la emancipación no como una desviación, sino como una concurrencia fraternal en un mismo ideario.³⁴

Esa reflexión acogió la historia de España no por sí misma, sino como antecedente. Interesaba en cuanto atañía a la argentina. El período colonial, enlace entre las dos, fue enseñado e investigado con criterios científicos. La Universidad de Buenos Aires despachó incluso misiones para localizar y transcribir los documentos relativos al pasado argentino existentes en España, en particular los del Archivo de Indias de Sevilla. Muchos de ellos fueron publicados entonces por el Instituto de Investigaciones Históricas y las copias restantes se hallan disponibles para su consulta en él. El pasado nacional ganó en extensión hacia atrás. El auge simultáneo de la historia de las instituciones contribuyó asimismo a acercar ambas historias.

El avance producido en la historia en España no fue aprovechado por los historiadores argentinos, en particular los jóvenes. En el primer tercio del siglo XX, la Junta de Ampliación de Estudios logró que se formara en Europa un plantel científico y académico calificado. Al regresar al país, éste inyectó aires nuevos. Los jóvenes argentinos no acudieran sin embargo a afilar sus herramientas en el Centro de Estudios Históricos de Madrid. Por consiguiente, no pudieron renovar posteriormente la historiografía del país, como sucedió en México. Por desgracia ninguno se formó tampoco en otros lugares de Europa o de las Américas. Argentinos hubo sin embargo que fueron a copiar documentos al uso positivista. El intercambio profesional presentaba flancos todavía débiles.

La guerra civil dividió a España en dos y detuvo el progreso científico que venía acumulando por decenios. Un plantel docente y científico diezmado por la persecución

³² GARCÍA-RAMÍ, R., "Historia de una emigración artística", *Otros emigrantes. Pintura española del Museo Nacional de Bellas Artes de Buenos Aires*, Madrid, 1994, pp. 17-44. FERNÁNDEZ GARCÍA, A.M., *Arte y emigración. La pintura española en Buenos Aires, 1880-1930*, Oviedo, 1997. De los mismos lugar, fecha y autora, *Catálogo de la pintura española en Buenos Aires*.

³³ FERNÁNDEZ, A., "Política y cultura. Aspectos de la elite española de Buenos Aires (1890-1920). *Estudios Migratorios Latinoamericanos*, 6-7, 1987, pp. 291-307.

³⁴ MOYA (*op. cit.*, pp. 347-353) traza los rasgos generales de ese hispanismo; DEVOTO (*op. cit.*, pp. 45-49), su efecto sobre la actividad histórica.

y el exilio permaneció dentro de las fronteras asediado por los advenedizos y por la falta de incentivos. América recibió en cambio a la mayoría de los huidos, cuya presencia coronó en suelo americano el corto acercamiento intelectual anterior. Varias generaciones de historiadores pidieron asilo: los consagrados y sus discípulos, más los que se formaron en una larga expatriación. Pocos de ellos tuvieron finalmente que renunciar a su profesión, aunque sí reajustar su orientación. Perdidos su base institucional, las notas de las investigaciones empezadas, así como el imprescindible acceso a los archivos y bibliotecas de España. ¿cómo se las arreglaron para seguir adelante?³⁵

Urgidos por las penurias que acarrea el exilio, los republicanos acometieron una intensa labor difusora. Monografías populares, ensayos, manuales, enciclopedias o artículos en revistas y en la prensa... salieron de su pluma fértil. Su conexión personal con editoriales fundadas por correligionarios les produjo encargos o proporcionó respuestas favorables a sus iniciativas. No se ha estudiado todavía la envergadura que revistió la divulgación realizada en historia, no sólo en el campo de la de España, sino también en la americana y en la universal. Tampoco se sabe en cuánto la labor de los republicanos llegó a modificar el ánimo del lector americano hacia España y hacia su pasado. Centro principal de la edición del exilio, la Argentina constituyó también un mercado imprescindible para la circulación de sus obras. La colonia de compatriotas contribuyó a que alcanzaran tiradas aceptables. Los autores gozaron de la credibilidad y la aceptación del público argentino. Su conocida oposición al autoritarismo peninsular otorgó a su palabra un crédito del que pocos intelectuales gozaron de la Restauración para atrás.

Caso difícil de clasificar es el de las memorias escritas sobre la República y la guerra civil. Cientos de libros de todas las dimensiones y de todos los colores vieron la luz en el reposo del destierro. Quienes habían participado o presenciado los acontecimientos se sintieron obligados a descargar su ánimo, a aclarar su mente y a justificar conductas o desempeños dentro de una presentación propia de los hechos. Cada autor impuso a su expresión sesgos ideológicos o de perspectiva. Su discurso adquiere a menudo un tono polémico impropio de una exposición histórica. Libros de historia propiamente dicha las memorias no fueron, pues les faltó factura crítica. Fuente más que obra histórica, reúnen un material imprescindible que el profesional no puede ignorar.

En el ámbito puramente académico, los refugiados se ocuparon sobre todo de la historia cultural de España y de la historia de América. En la elección de géneros y campos tuvieron que ver mucho las oportunidades de acceso a las fuentes. ¿Cómo investigar sobre historia de España cuando los archivos habían quedado atrás? La condición y la distancia oponían a su consulta obstáculos insalvables, salvo a los desterrados que en su especialidad dependían menos de esos repertorios, como ocurre con la historia cultural. Los corpus de fuentes literarias o filosóficas, de los que ésta suele extraer la información, se hallaban ya entonces publicados y las principales bibliotecas poseían las correspondientes colecciones. Al estudioso de este tema, el dato de archivo no deja de interesarle a título complementario, pero no le resulta imprescindible para argumentar. En este terreno, los elementos básicos para desentrañar el sentido histórico se hallaban en el extranjero a mano de ese exiliado. En otros tipos de historias, como por ejemplo la social, el dato aislado nunca desprende un significado seguro, sino a lo sumo lo otorga la información abundante y seriada. De existir ésta, el investigador la encuentra en un archivo.

³⁵ En otro lugar me he hecho la misma pregunta: "Exilio e historia", *Exilio*, Madrid, Fundación Pablo Iglesias. 2002, pp. 224-233.

La historia americana necesita también de archivos pero, al contrario de lo que ocurría con los españoles, el exiliado los tenía cerca. Entrar en ellos exigía a la mayoría cierta reconversión. Para el puñado de americanistas asilados, la expatriación pudo resultar incluso beneficiosa en el orden académico, pues accedía a fondos no frecuentados antes. Su investigación y la enseñanza aneja pudieron proseguir sin desvíos en su especialidad y con encaje profesional, como no solieron encontrar otros colegas suyos. Tampoco los archiveros o paleógrafos hubieron de cambiar de ocupación. Renunciaron, eso sí, a la documentación medieval o moderna para dedicarse, en un simple ajuste, a la colonial de grafía española. Al grueso de los historiadores le resultó en cambio ingrato aceptar las exigencias que reclamaba el medio. Historia siguió haciendo pero, en muchos, después de un giro hacia lo americano. Las camadas formadas en el exilio tuvieron un camino más llano. Aunque su obsesión siguiera centrada en España, los jóvenes historiadores necesitaron hacer sus primeras armas con los materiales a mano y sobre temas cuya frecuentación los había vuelto para ellos obvios.

Quienes se resistían a excluir de su estudio el pasado español por falta de fuentes, soñaron con descubrir cuestiones factibles de ser abordadas en América. Documentación inédita mal podía encontrarse, pues las naciones americanas nunca tuvieron ni interés ni medios para adquirir fondos de esa índole. Existían, naturalmente, papeles sobre los contactos diplomáticos entre sus gobiernos y el español, pero sólo cabía obtener la versión americana de las relaciones bilaterales. Una ocasión imprevisible puso sin embargo a disposición de los exiliados documentación española. No repatriado por negligencia administrativa, el archivo de la Embajada española permanecía en México. Como esta nación no reconoció al régimen impuesto por las armas en España, el embajador acreditado retuvo sus funciones. La representación siguió excepcionalmente en manos republicanas. Por fortuna, el embajador era entonces un reputado historiador capaz de apreciar el valor de los papeles encargados a su custodia. No hallándose él abrumado por las obligaciones de su función, formó un equipo que, bajo su dirección, publicó el archivo y los estudios pertinentes. Circunstancias fortuitas consintieron pues que un medievalista investigara una faceta de historia contemporánea de interés para España y para el huésped del destierro.

El exilio desanimó la dedicación a la historia de España en América, pero menos en Europa. Aquí, las oportunidades de empleo fueron inferiores, pero superiores las fuentes. Los archivos y bibliotecas europeos custodian en efecto copiosa información sobre el país vecino, sea propia o adquirida en España. Esos fondos no dejan con todo de ser supletorios, carentes del detalle que guardan los españoles. El grado de agregación suele ser en efecto mayor en la información reunida en el extranjero. Privados de las fuentes españolas, los refugiados consiguieron no obstante sacar buen provecho de la documentación a su alcance, abriendo incluso nuevos horizontes. Sus estudios versaron principalmente sobre el período contemporáneo, en particular las descuidadas historias económica y del movimiento obrero. Las posibilidades existentes en Europa no se hicieron patentes de entrada, a lo que se agregó pronto la conmoción de la ocupación alemana. Los historiadores exiliados hicieron pues bien en buscar asilo en América. Sólo al concluir la guerra mundial y normalizarse la vida científica europea, los refugiados pudieron volver a pensar en dedicarse a la historia. Mucho habían cambiado sin embargo las cosas. La esperanza de una pronta vuelta a España se había disipado. El tiempo no apremiaba. Por otra parte, la profesión se llenaba de gente nueva: jóvenes profesionales o, en la historia obrera, historiadores salidos de las filas del movimiento obrero.

La disyuntiva entre mantenerse en sus trece o tomar otro rumbo se planteó en América nada más empezar el destierro. Aquellos exiliados que pudieron vivir consagrados a la enseñanza y a la investigación tal como hacían en España, fueron mayormente tres a quienes la expatriación sorprendió en plenitud creadora y con amplio crédito. Suerte, convicción y carácter se unieron para conseguir su propósito. Sus especialidades eran distintas, pero todas tenían que ver con un pretérito remoto que despertaba poco entusiasmo en naciones en suma jóvenes y que, por lo mismo, restringía las ofertas de empleo. El prehistoriador del trío residió en México, el historiador de las instituciones medievales en la Argentina y, en Estados Unidos, el estudioso de la cultura. Nombres de exiliados no he mencionado hasta ahora para no abrumar a quienes los tienen en la mente. La excepción la haré con el segundo, Claudio Sánchez-Albornoz, pues su figura fue fundamental en la relación entre exilio republicano e historia de España que venimos persiguiendo desde la primera página.

Que este historiador republicano recalara en la Argentina responde, aparte de las circunstancias personales u otras, a la conjunción de dos de los factores mencionados: el afán de la colonia de inmigrantes por enaltecer la cultura española y el interés creciente por lo español en círculos propiamente argentinos. Su viaje y radicación fueron facilitados por la Institución Cultural Española y, por el lado académico, por la Universidad de Cuyo. Más tarde, la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires se encargó de situarlo en la capital. Es así como se echaron las bases para el vuelo de los estudios de historia de España en la Argentina. Primero, vino la cátedra de Historia de España de la Universidad de Buenos Aires, poco después siguieron el Instituto de Historia de España y a continuación su órgano de expresión, los *Cuadernos de Historia de España*. Este tripode irradió y en su estela surgieron las cátedras de Historia de España en el Instituto Nacional del Profesorado de Buenos Aires, en las universidades del Litoral y La Plata y otras más tarde. De la enseñanza se ocuparon los numerosos discípulos y colaboradores formados en Buenos Aires.

La historia de España que el refugiado expuso en sus clases, que por años siguió investigando por su cuenta y que inculcó a sus discípulos, fue la misma Edad Media explicada en Madrid. El tema central de sus cursos, de su labor personal y de lo publicado en los *Cuadernos de Historia de España* y en otras partes por él y por su escuela, constituía a lo sumo un antecedente remoto de la historia argentina. La falta de una relación directa del contenido con la historia argentina suscitó algún reparo en nombre de la relevancia. La objeción nunca llegó sin embargo a plantearse como apremio para rectificar los pasos. El historiador pudo por lo tanto continuar su magisterio a su buen entender por cuatro decenios, respaldado por los resultados académicos obtenidos.

El caso expuesto va en contra de la regla mencionada de que la expatriación indujo a renunciar a la especialidad. La excepción se explica. Fondos con documentación medieval española tampoco había en la Argentina como para alimentar la investigación en este campo y sin embargo originalidad o rigor no faltó en los trabajos que fueron apareciendo. Claudio Sánchez-Albornoz había recorrido a fondo multitud de archivos locales españoles, pero joven aún no había tenido tiempo de incorporar todo el material acumulado en sus escritos de antes de la guerra. La suerte le permitió salvar sus notas. En el puerto de Buenos Aires se lo vio desembarcar con maletas repletas de papeletas y de transcripciones que sirvieron de base a sus trabajos y a los de sus discípulos, al menos durante los años de incommunicación de la inmediata posguerra. El salvamento insólito de aquel capital valioso levantó el primer obstáculo a la prosecución de una vieja vocación.

Investigar sobrepasaba lo que se esperaba de la historia de España hasta ese momento en la Argentina. Fue más allá de la simple renovación del imaginario histórico de los inmigrantes y de los propios argentinos para elaborar la materia de forma científica venciendo la distancia de las fuentes y los deseos de subordinar sus objetivos. Esa historia de complejidad dura nació emancipada de la argentina por méritos intelectuales y metodológicos cuya influencia desbordaba hasta campos históricos vecinos. Esa virtud no obtenida en España, como se ha dicho, entró pues después en la Argentina por obra del exilio. La introducción de esa historia de España coronaba muchos esfuerzos y un complejo proceso de acercamiento cultural previo en el que, como se ha dicho también, los inmigrantes españoles desempeñaron un papel decisivo. Un largo recorrido llega así a su fin en estas páginas descubriendo una conjunción de singularidades en el inicio de una historia de España científica en la Argentina. El exilio español las torna comprensibles.

NICOLÁS SÁNCHEZ-ALBORNOZ

CLAUDIO SÁNCHEZ-ALBORNOZ Y EL ANUARIO DE HISTORIA DEL DERECHO ESPAÑOL

Es difícil encarar cualquier aproximación a una figura como la de Claudio Sánchez-Albornoz, cuya trayectoria intelectual cubre casi la totalidad del siglo XX. Como en cualquier biografía la búsqueda de la unidad, en una vida y en una obra, es poco más que un artificio, como lo es intentar darle un sentido que explique un itinerario como si ya él estuviese prefijado desde los orígenes o pudiera ser leído desde su final. Por otra parte, aun si aquella operación fuese posible como construcción historiográfica, debo reconocer la insuficiencia de mis fuerzas incluso para proponer un bosquejo medianamente convincente. Desconozco simplemente la historiografía medieval y son muy insuficientes mis conocimientos de la historiografía española en el siglo XX, dos contextos imprescindibles para iluminar su trayectoria. Quisiera proponer por tanto un objetivo mucho más modesto: unas reflexiones, que tienen mucho de conjetura, acerca de Sánchez-Albornoz en la etapa anterior a su exilio.

Una primera consideración es que en Sánchez-Albornoz tenemos a la vez un historiador y a un político. Ambas labores fueron por un tiempo paralelas y el modo en que se interpenetraron debería ser un objeto de indagación que está ausente en la gran mayoría de los trabajos que se le dedicaron. Algo sin embargo podría apuntarse: esa relación entre historia y política se planteaba en Sánchez-Albornoz y en los hombres de su generación historiográfica, en Europa o en la Argentina, de manera muy diferente a la que nos hemos acostumbrado a ver en las últimas décadas. Aquellos buscaban, hasta donde fuese posible, mantener la independencia de ambas actividades. Ello desde luego era más factible cuando se enfrentaban, como en su caso, temas lejanos en el tiempo y cuyas implicancias para una cierta lectura del presente no eran inmediatamente evidentes. Aunque así fuese, la combinación entre preocupaciones por el propio presen-